



Ensayo

Ensayo

Nelson Osorio Tejera

José Antonio Castro

Ramón Ordaz

Gertrudis Gavidia

Lilibeth Zambrano

Betulio Bravo

Miguel Angel Campos

Reflexión sobre la obra de Mariano Picón Salas

Nelson Osorio Tejeda

Universidad de Santiago de Chile

Hoy, en la Venezuela bolivariana que renace de la historia, nos convoca y reúne la memoria de un hombre, un humanista de nuestra América. MPS nació hace cien años en estas tierras andinas (los Andes, espina dorsal de la América del Sur), y salió de aquí a integrarse a la humanidad y al continente, ampliando la tierra, la patria y los sueños.

Salió, hubo de salir, no sólo por razones personales y familiares, sino porque como tantos latinoamericanos de cerviz erguida, no podía seguir respirando el aire mefítico de la dictadura. De allí en adelante, su vida fue de errancia, como él gustaba decir:

Nacido en Mérida, en los Andes venezolanos, terminé mis estudios universitarios en Chile; volví a mi tierra con las primeras canas treintañeras, a la muerte de Juan Vicente Gómez moviéndome después por Europa, Estados Unidos, México y Sur América. No olvidé, sin embargo, mi verde altiplanicie andina guarnecida de cumbres nevadas...

Porque, como tal vez sea necesario repetirlo, la ciudadanía latinoamericana y del mundo que asume su vida no se confunde nunca con el cosmopolitismo inane de muchos intelectuales a la violeta, de entonces y de ahora... "No olvidé, sin embargo, mi verde altiplanicie andina", nos dice y agrega: "Lo universal no invalida para mí lo regional y lo autóctono" ("Pequeña confesión a la sordina", 1953).

Este enraizamiento con su tierra no es un simple apego sentimental y geográfico, sino un entrañamiento humano y social, puesto que, como en otra oportunidad escribe, el estudio de la Historia lo hizo “impregnarme de hálito y pasión americana. Ya no se trataba de triunfar en París y ser un ‘meteco’ más de los bulevares europeos –como lo soñaron tantos modernistas–, sino quedarnos junto a nuestros pueblos ayudándolos en su lucha por la veracidad y la justicia” (RTM, 1959).

Por eso, su primera salida, en 1923, es al mismo tiempo su entrada en América la otra dimensión bolivariana de la Patria, ya que, nos enseñó el Libertador que “La Patria es América”.

Su llegada a Chile fue en el invierno austral; llega a Valparaíso, el mítico y mágico puerto del Pacífico. Allí trabaja para sobrevivir en una venta de muebles y mensajes de casa, y escribe en el diario *La Estrella*. Poco después se traslada a Santiago, incorporándose como Inspector de Alumnos en el Instituto Nacional, fundado en el siglo XIX por su compatriota Andrés Bello, lo que le permite ingresar a la Universidad de Chile, en cuyo Instituto Pedagógico estudia Historia y Geografía, graduándose de Profesor de Estado, título del que siempre se sintió orgulloso.

Ese Chile de los años 20 era un hervidero de sueños y de luchas. Una emergente clase media chilena, pujante de justicia y de cultura, articulada a un proletariado consciente y combativo, organizado por ese obrero tipógrafo que se llamó Luis Emilio Recabarren, diseña un rico escenario de confrontaciones, polémicas y compromiso social que entusiasma al joven venezolano. Eran los años en que acababa de triunfar en las elecciones presidenciales. Arturo Alessandri Palma, caudillo populista que arrastró a las masas, asustando a la oligarquía que llegó a llamarlo “el Lenin chileno”. Eran los años en que la Federación de Estudiantes hacía resonar en las calles y en las aulas las voces de libertad, democracia y justicia social. Los años de la revista *Claridad*, publicación rebelde y contestataria de los estudiantes chilenos, en la que publican jóvenes entusiastas que se llamaban Pablo Neruda, Manuel Rojas, José Santos González Vera y, por supuesto, MPS.

Años convulsos en toda la dimensión de América; la reforma universitaria que estalla en Córdoba en 1918, se extiende por todo el continente; el cuestionamiento antioligárquico, antiimperialista y libertario alienta en la juventud de América y muestra de ello, entre otros casos, con la Revolución Juliana en Ecuador, el “tenentismo” brasileño, la Semana del Estudiante del año 28 en Venezuela... Vale la pena también recordar la fundación de la Unión Latinoamericana, en marzo de 1925, que tuvo

Actual

entre sus impulsores a José Ingenieros y declaraba como uno de sus objetivos fundamentales el “orientar las naciones de América Latina hacia una confederación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los estados capitalistas extranjeros”.

Son los años en que el socialismo es un sueño libertario que moviliza a obreros y estudiantes, maestros, intelectuales y en general a todo hombre de sangre viva que tuviera el corazón como se debe, es decir, a la izquierda. Son los años en que se toman conciencia de que los gamonales de la injusticia, los dictadores, no son una tara racial, decían los positivistas, sino una excrescencia fatal de las oligarquías y el imperialismo que los cría y amamanta.

En ese ambiente polémico, activo y libertario el joven MPS afirma y pule su vocación latinoamericana. Su instintivo rechazo a la cerril dictadura de Juan Vicente Gómez se hace conciencia libertaria y social, y en sus textos y cartas de esos años aparece con frecuencia explícita su adhesión al socialismo y su declarado antiimperialismo.

Esos años de Chile, como él mismo recuerda más tarde y ya maduro, fueron fundamentales en la formación de su intelecto y de su conciencia. Repasemos sus propios recuerdos:

Muchos rostros chilenos; mucho buen desvelo de horas chilenas en que quise ser mejor o me esforcé por ser mejor, hay en mis recuerdos. Horas de estudio, de reflexión, de rebeldía ante la injusticia, de pasión de saber y de expresar, pasan por el cuadrante de la memoria. Moré en todos los barrios, viví todas vidas, conocí la inquietud, la pena o el goce. Porque llegué tan joven, se acabó de formar el hombre. Hay en mi alma cicatrices chilenas que se ahondan junto a las cicatrices venezolanas. Y la imaginación volandera, aun cuando fuera arrastrada hacia otras comarcas, siempre añora aquel verdor del valle de Santiago con su trasfondo de nieve y sus avenidas de álamos. Quisiera seguir discutiendo con los estudiantes de la Universidad de Chile en aquellos años del 1924 al 1930, cuando teníamos la obstinada fe de que de nuestras creencias y nuestras decisiones dependía el destino del Continente.

El contacto con exiliados de casi todas las tierras de América afirma su vocación latinoamericana y su conciencia de que la integración de nuestros países en un proyecto de libertad, justicia y democracia es una demanda histórica que responde a la unidad básica que hermana el continente.

Pero no es sólo la conciencia política y social del MPS la que madura en esos años chilenos sino también su vocación intelectual. En los cursos que sigue en la Facultad de Filosofía y Educación, no sólo aprende cosas nuevas sino también una nueva y más rigurosa de entrar al conocimiento para asimilarlo y desarrollarlo de una manera

más clara, objetiva y científica. Sus maestros chilenos venían de una tradición académica y científica que según descubre pronto el joven Mariano, se debía también en gran parte a otro venezolano de quien los chilenos se sienten orgullosos:

Porque lo enseñó nuestro don Andrés Bello y los maestros alemanes de fines del siglo pasado que impusieran a la Universidad los más rigurosos métodos de trabajo, los chilenos creen que nada se hace sin frenar la intuición o el arranque criollo con un poco de impersonal disciplina. Y casi como si se ofendiera mi pretendida capacidad interpretativa, tenía que hacer en mi primer curso de estudios universitarios tareas tan pacientes como dibujar los mapas de geografía antigua del Mediterráneo clásico, seguir en el Maspero las listas de las dinastías egipcias o preparar para la clase de Historia de América un elaborado y frío examen sobre todas las hipótesis acerca de la patria y linaje de Colón. Llevaba a mi cuarto para reducirlos a fichas, los pesados volúmenes de documentos de Navarrete y Juan Bautista Muñoz, la abrumadora *Raccolta* de Césare de Lollis, los tomos de Harris y de Vignaud, y las tesis muy pedestres que quisieron hacer del Descubridor un habitante de la ría de Pontevedra.

Nos cuenta como anécdota que su impulsivo espíritu impaciente se resentía de esta lenta y prolija manera de acercarse al conocimiento:

—¿Pero es que no sirvo para algo más inteligente?— Pregunté a mi simpático maestro don Luis Alberto Puga, // —Hay que aprender a documentarse antes de interpretar— me respondió el profesor.

Pronto comprendió las ventajas y beneficios de esta disciplina. Y así lo reconoce:

No consideraba inútiles ese aprendizaje de datos, de paciencia y cosas precisas que me imponía la Universidad chilena. Sometieron a algún orden —que nunca fue perfecto— mi instinto revuelto de hombre tropical, más guiado por iluminaciones y corazonadas que por métodos reductibles a medida, cálculo y experimentación.

Su primera experiencia de esta enseñanza de rigor y disciplina fue la tesis de grado que presenta en 1927 para obtener el título de Profesor de Estado en Historia y Geografía. El título de la tesis revela por sí mismo y en germen lo que será el proyecto intelectual que le acompaña toda la vida: *Una ciudad colonial americana: Lima a mediados del siglo XVIII*.

El hecho de tratarse de un venezolano que estudia en Chile y escribe sobre el Perú no puede sino mostrarnos ya tempranamente su visión integradora de la realidad, la historia y la cultura de esta América. Está también patente su preocupación por no reducir la perspectiva histórica a los hechos políticos y sociales sino incorporar también el conjunto del espacio humano en que se desarrollan: “una sociedad colonial americana”. Y esta perspectiva histórica, que va más allá del reducido campo de los fenómenos político-sociales no puede sino asociarse a lo que en esos mismos años

Actual

en Francia fermentaba en lo que se conocerá como la Escuela de los *Annales* que a partir de Bloch y sus colegas y discípulos marcará toda la nueva historiografía contemporánea. También advertimos aquí su nueva preocupación por el mundo de la colonia que dará origen a lo que a mi juicio es una de las obras capitales de la historiografía cultural en América: *De la conquista a la Independencia; tres siglos de historia cultural latinoamericana* (1944).

Llegamos aquí a un punto que nos parece excepcionalmente importante y descuidado en la valoración actual de la herencia de MPS se trata de que su obra, y en particular esta obra constituye un hito fundacional de lo que hoy día se conoce y se impone en nuestros estudios como la “nueva historia cultural”, que puede considerarse, justamente, como una prolongación de la escuela de los *Annales* de fines de los años 20. En la trayectoria de esta línea renovadora de los estudios americanos encontramos casi simultáneamente dos obras señeras: la citada de MPS y *Las corrientes literarias en la América Hispánica* de Pedro Henríquez Ureña; es interesante constatar que ambas obras, de un venezolano y de un dominicano, ambos trasterrados, ambos ciudadanos de nuestra América, se conciben y se publican casi simultáneamente en 1944 la primera y en 1945 (en inglés) la segunda.

Pero, ¿qué es esto de una nueva historia cultural? En nuestros días asistimos a la abrumadora presión de los medios académicos norteamericanos para imponer y proyectar en nuestros estudios su deslavada y neutralizada versión de los llamados estudios culturales. Éstos, que en su origen fueron una cuestionadora y alternativa en la Inglaterra de los años 50, en su versión norteamericana se han convertido en una verdadera embestida ideológica orientada a la desincorporación de la historia en los estudios de la cultura. En los estudios literarios, la necesidad de incorporar formas no ilustradas a su campo de trabajo y de considerar manifestaciones poéticas y culturales que no entran en el territorio de la escritura y la cultura ilustrada, he hecho que los llamados estudios culturales norteamericanos prendieran como supuesta vía renovadora en los medios universitarios de nuestro continente. Lo que muchos no advierten es que el contrabando ideológico implícito en esta propuesta es su vinculación a la tesis del “fin de la historia” que explicitara hace algunos años Francis Fukuyama, y a la ideología del posmodernismo, que no deja de ser “la lógica cultural del capitalismo tardío”, según advierte Fredric Jameson. Frente a esta propuesta en la renovación de los estudios de la literatura y de la cultura latinoamericanas se ha estado desarrollando lo que llamamos una nueva historia cultural, que en nosotros tienen ya una dilatada trayectoria que se remonta por lo menos a Pedro Henríquez Ureña y a ese libro fundamental de MPS que en su título afirma explícitamente la idea de historia cultural.

No tiene sentido aquí discutir el mayor o menor grado de conciencia que tuviera MPS de este proyecto que hoy se actualiza. Lo que importa es rescatar en él la conciencia de la necesidad de construir una perspectiva latinoamericana para enfrentar como sujetos y agentes el estudio de nuestra propia tradición y cultura.

El germinal proyecto de una disciplina renovadora que hoy conocemos como historia cultural que se encuentra en la obra de MPS (y en Pedro Henríquez Ureña) debe ser a nuestro juicio recuperado y desarrollado por las nuevas promociones de estudiosos e investigadores. Y éste es el mayor tributo que hoy podemos rendir a la memoria y a la obra de este intelectual y humanista de nuestra América.

Permítaseme agregar un elemento más.

Sabemos hoy de la dificultad que han tenido los intentos clasificatorios de la producción intelectual de MPS. ¿Historia? ¿Antropología? ¿Literatura? ¿Historia de las ideas?... su proyecto de historia cultural, lo lleva precisamente a interesarse ávidamente por todos los fenómenos que registran la actividad creativa del hombre americano. Tomemos sólo como ejemplo una serie en la que se encuentran obras como *Estampas inconclusas de un viaje al Perú* (1934), *Intuición de Chile...* (1935), *Gusto de México* (1952), *Comprensión de Venezuela* (1949), *Despedida de Brasil* (1959). En todos ellos encontramos una preocupación por tomar, examinar y ennoblecer los elementos cotidianos de una cultura que ha permanecido al margen de los intereses ilustrados: la comida y la cocina, por ejemplo, los gestos cotidianos, las inflexiones léxicas nacionales y regionales, en fin, lo entrañable, coloquial y cotidiano que nos dice más de un pueblo que los grandes gestos y gestas que alimentan la visión ilustrada de nuestros estudios académicos. Es precisamente en ellos, en estos elementos que MPS encuentra lo que identifica una tradición histórica y cultural que afirma la unidad integral de nuestra América.

Un examen global y de conjunto de toda la producción intelectual de MPS nos podría mostrar que obras como éstas, habitualmente soslayadas al valorar sus aportes, forman parte integral de un mismo proyecto intelectual y teórico, proyecto que se origina en la apasionada búsqueda de una perspectiva integradora de la realidad de América. Y hay que recordar que MPS no fue un hombre que se redujera al mundo de las ideas, del estudio y de los enunciados abstractos. Sus escritos autobiográficos nos lo muestran llenándose del mundo, los mundos que habitaba. A su reflexión teórica quiso incorporar siempre un compromiso para llevar sus proyectos a la práctica concreta. Tal vez uno pudiera discutir hasta qué punto la valía de sus ideas es consonante con sus incursiones en la vida civil y política. Es cierto que desde el mirador de nuestro tiempo podríamos decir que si bien siguen siendo válidas y

enriquecedoras sus propuestas en el campo de la cultura y la educación, no siempre compartimos algunas de las posiciones que toma en la contingencia política de un período muy conflictivo en la historia de América y Venezuela; o que en desempeño de responsabilidades de gobierno pudo suscribir adhesiones y rechazos que hoy nos parecen por lo menos discutibles. Pero es el riesgo que asume todo intelectual que entra en la contingencia política, siempre de corto plazo, sobre todo la contingencia del poder.

Unos pocos años antes de su muerte, el mismo MPS reflexiona sobre esto, recordando a su viejo maestro chileno, el poeta Julio Vicuña Cifuentes, de quien dice que “prefirió ser poeta antes de que lo llamaran senador”. En homenaje a la memoria del humanista que hoy recordamos, vale la pena, creo hacer una breve digresión sobre este ardiente punto de las ideas, el poder y la contingencia política.

No voy a recordar la historia de Guzmán Blanco, que quita el premio de poesía a un poeta que escribió sobre “el poder de la idea”, para que, según dijo, tuviera “una idea del poder”. Porque sabemos que no siempre la autoridad y el poder se conjugan e imbrican en el ejercicio de la vida social. El sabio y el maestro, en la medida en que lo son, representan la autoridad del saber y las ideas, aunque permanezcan al poder, el senador, el ministro, el patrón, el jefe, son el poder, aunque no siempre cuenten con los valores y ejecutorias que avalan la autoridad. Tal vez lo que voy a decir tenga una resonancia platónica, pero me gusta pensar que la república debiera ser regida por quienes detentan legítimamente autoridad, que el poder derive de la autoridad y no al revés, como lamentablemente suele suceder.

El sabio y el maestro no lo son por detentar un cargo, un “puesto” como se dice; lo son porque nosotros así lo consideramos, y su autoridad no depende del cargo o el “puesto” que desempeñen en cualquiera de las instituciones de la sociedad. Su autoridad es de carácter ético e intelectual y por eso es permanente y ajena a contingencias y avatares, y por eso también nunca se ejerce como poder sobre los otros. El poder, en cambio, por mucho que a veces se autodenomine “autoridad”, funciona sobre todo en la esfera de lo político y lo económico, y se formaliza en “cargos”, en posiciones dentro de la institucional. De allí que el poder dependa de las instituciones y no de las personas. Y de allí también que cuando los hombres viven en función del poder, tiendan a la preservación de lo establecido, teman a los cambios y tiendan a ser paulatinamente más y más conservadores.

En una de las reflexiones que asoman a cada paso en su obra autobiográfica *Regreso de Tres Mundos*, MPS escribe:

...a medida que pasa el tiempo, me place más contemplar la belleza y la concordia del ánimo (...) que todo impetuoso riesgo de poder y fortuna. ¡Cuántos venezolanos de mi tiempo se enredaron en la contradicción, la concesión y la hipocresía por el afán que los llamaran ministros!

La vieja y no resuelta contradicción entre el saber y el poder, entre la ética y la política, dolorosamente vivida como conflicto humano entre la vida intelectual y la acción política, no es ajena a la reflexión de MPS. En 1953, en esa "Pequeña confesión a la sordina", con que encabeza la primera edición de sus *Obras selectas*, escribe:

Cuando volví a Venezuela después de la muerte de Gómez y figuré transitoriamente en la acción política, pude medir de modo más concreto la distancia entre los esquemas lógicos y la muy singularizada realidad. Cierta gusto por la forma estética y cierto escepticismo que producen los libros de Historia, cuando enseñan que la humanidad repite en distintas épocas parecidos errores y experiencias, me libraron, sin embargo, del fanatismo ideológico que caracterizó a otros amigos. Y todavía me pregunto, con esa crítica implacable que uno aprende a ejercer sobre sí mismo, si esa fue cualidad o defecto, y si en las raras circunstancias en que de intelectual quise convertirme en hombre de acción, no fallé por falta de ardor sectario, por creer que la parte de verdad que se me pudo otorgar debía compartirla o confrontarla con las verdades de los otros.

Por eso, el MPS que hoy recordamos es el intelectual humanista, el hombre de ideas, el apasionado por conocer y enseñar las bases de una cultura propia e integradora, el hombre que nos ha dejado en su obra americana un legado cultural y una viva incitación, hoy tan actual y necesario, para conocernos e integrarnos en una gran hermandad de pueblos. Ese es el MPS que pertenece a Venezuela de hoy y a la América de nuestros días. No quisiera terminar estas palabras sin recordar un fragmento que nos trae un mensaje para el competitivo ser humano que esta globalización capitalista está creando en nuestros días como modelo de competitividad. En una parte de su *Regreso de Tres Mundos* anota:

Cuando escribo estas enseñanzas en una mesa pobre, atestada de lápices y de libros; cuando pienso que el pan y la sopa caliente que se comen en mi casa los gano con mi trabajo de escritor y de profesor, cuando pago el precio ecuánime de mi libertad espiritual, no carabio esta olvidada calma por el compromiso y la traición que están en la cuenta corriente de muchos triunfadores.

Debo confesar que estas palabras siempre me conmovieron, desde la primera vez que las leí. Y me parece que debieran recordarse en estos días en que los afanes crematísticos y un competitivismo pragmático nos van deshumanizando y haciéndonos olvidar los verdaderos valores para sustituirlos por oropeles y quincalla. Sufrimos las consecuencias de la importación norteamericana de un modelo valorativo que clasifica a los hombres entre *winner*s y *loser*s, entre ganadores y perdedores, modelo que hoy empozoñan el aire de nuestra vida contemporánea.

Los humillados y ofendidos de esta dolorosa América nuestra hemos sido arrinconados en el campo de los perdedores; pero los triunfadores, quienes se jactan de ser triunfadores? ¿No lo serán también a costa de compromisos venales y traiciones, como parece sospechar don MPS?

Por eso quiero terminar asociando a esta última reflexión de Picón Salas el recuerdo de un poema en la voz americana de Pablo Neruda, muy a propósito precisamente de humillados y ofendidos, es decir, de nosotros. En una Oda, saludando al humilde cactus de la costa, ese "pequeños bruto inmóvil" que cree entre las rocas y la arena, pero que un día florece y brotan de sus dedos flor rosada y pétalos milagrosos, el poeta concluye:

Así es la historia,
y ésta
es la moral
de mi poema:
donde
estés,
donde vivas,
en la última
soledad de este mundo,
en el azote de la furia terrestre,
en el rincón
de las humillaciones,
hermano,
hermana,
espera,
trabaja
firme
con tu pequeño ser y tus raíces.

Un día
para ti,
para todos,
saldrá
desde tu corazón un rayo rojo,
florecerá también una mañana:
no te ha olvidado, hermano,
hermana,
no te ha olvidado,
no,
la primavera:
yo te lo digo,
yo te lo aseguro,
porque el cactus terrible,
el erizado
hijo de las arenas,
conversando conmigo
me encargó este mensaje
para tu corazón desconsolado.

Y ahora
te lo digo
y me lo digo:
hermano, hermana,
espera,
estoy seguro:
No nos olvidará la primavera.

Santiago de Chile, 24 de enero del 2001